

Centenario del Nacimiento de Pablo Neruda

Historia de una pasión literaria

Por Mario Alegre Barrios

End.malegre@elnuevodia.com

De la vida, lo primero que aprendió fue a amar la palabra y, de ella, su resonancia individual y su cadencia colectiva. De su mano, descubrió que el mundo, está hecho de ellas y que con sus ecos se construyen sueños y universos, como los que ella se contaba a sí misma de niña, acurrucada en su cama mientras los demás dormían.

Desde entonces la existencia de Georgina Lázaro León ha sido hilvanada por una cantidad inmensa de palabras, palabras convertidas en historias por el tiempo y la vocación, como la que ahora acaba de publicar con Alfaguara con el título de *Pablo y su mangosta*, justamente en la coyuntura del centenario de Pablo Neruda, protagonista del relato de Georgina a partir de una historia escrita por el poeta chileno como parte de su obra *Confieso que he vivido*.

Este domingo, desde las 4 de la tarde, Georgina celebrará el cumpleaños de Neruda en el Museo de Arte de Puerto Rico, fiesta en la que leerá el cuento de marras y partirá un bizcocho acompañada por todos los niños -y sus padres- que asistan a esta reunión gratuita.

"Muchas veces me he preguntado de dónde viene este amor tan grande por la palabra, en especial la palabra escrita, y he llegado a la conclusión de que debe de ser de las nanas", explica. "Aunque no tengo el recuerdo de que me las cantaran mí, si tengo memoria de ver a mi madre, mi abuela y a mis tías cantándoselas a mis hermanos, porque soy la segunda de ocho. Era una niña cuando fui a una misa de gallo y escuche una nana que me conmovió hasta las lágrimas y pude reconocerla de alguna manera como la que me cantaba mi abuela ... esas palabras estaban escondidas en algún lugar de mi recuerdo".

En una confesión que podría escandalizar a más de una feminista de vanguardia, Georgina asegura que desde siempre su sueño fundamental fue ser madre y que para eso comenzó a prepararse temprano. "Cuando tuve que decidir lo que estudiaría en la universidad, elegí biología con una concentración en pedagogía, para ser maestra y anticipar cierta flexibilidad en la crianza de los hijos que algún día tendría", explica con una enorme sonrisa. "A final, la vida me dio cinco, dos propios y tres de un matrimonio anterior de mi esposo, a quienes también crié.

El romance de Georgina con la palabra escrita comenzó a fraguarse aun antes de que aprendiera a leer. Algunos se los contaban en su casa, pero eran tantos hermanos que no había tiempo para tantos cuentos. "Papi *nos rezaba* de cama en cama, pero podía

contarnos cuentos a cada uno”, recuerda. “Así fue como aprendí a contármelos yo misma... toda las noches me inventaba uno y me lo narraba en mi cama hasta que me vencía el sueño”.

“El arca de Noé”

La lectura abrió un mundo inconmensurable para Georgina y aún recuerda diáfananamente el día en el que entró por primera vez a la biblioteca Carnegie. “Quede asombrada y me acuerdo de que pensé si la vida me alcanzaría para leer todo lo que ahí había”, evoca. “Todavía pienso en eso ... he dejado de ir a las librerías porque tengo demasiados libros. Ahora hago una lista de mis prioridades y no compro hasta que no cumplo con la lectura de algunos de ellos”.

Como sucede con frecuencia, Georgina tuvo su primera aproximación a la escritura a través de la poesía, género que ha perneado en su estilo con una narrativa versada. “Mi primera poesía fue dedicada a mi abuelo”, dice entornando la mirada. Él me contaba un solo cuento: El arca de Noé. Lo hacía día tras día, cada vez que se lo pedía, rememora. “Me lo contaba siempre de la misma manera, mientras enrollaba un cigarro imaginario. Empezaba: ‘Cuando yo era chiquito mi abuelo me contaba este cuento...’ y así lo narro yo también, aunque a mi manera. Él le ponía fervor y yo le pongo humor”.

Con el tiempo los cuentos comenzaron a escasear. Georgina dejó de escribir, ingresó a la UPR, se graduó, trabajó como maestra, se casó y tuvo hijos. Fueron ellos precisamente el pretexto para que retomara su pasión por la escritura, cuando decidió que quería hacer de sus vástagos unos seres lectores. “Para ellos comencé a escribir”, explica. Empecé con una nana para mi primer hijo. Él ahora tiene 25 años y se la canta al vientre de su esposa, quien pronto me hará abuela por primera vez”.

En 1997, Georgina publicó su primer cuento. Fue *El flamboyán amarillo*, con Ediciones Huracán. Al momento ya son doce los relatos impresos, siete de ellos con Alfaguara y el resto con Everest y Lectorum.

Sin reparos, la escritora afirma que conoció a Neruda de jovencita y que no le gustó porque no lo entendía y su poesía “no rimaba”. “Lo redescubrí cuando leí Confieso que he vivido y entonces me enamoré más del hombre que del escritor”, asevera Georgina, quien también manifiesta una profunda admiración por el lusitano José Saramago. Su obra me encanta y la idea de escribir este cuento cuando me percaté de que era para niños, y decidí hacerlo a mi manera. Me puse a investigar y me encontré con mucha información que me hizo comprender que Neruda podía ser un hombre chévere incluso para los niños y que, aun que su obra no es todavía para ellos, cuando crezcan lo será. Neruda fue un hombre-niño y viceversa”.

Conciente de que el libro enfrenta una competencia feroz con la televisión, Internet y los videojuegos, Georgina tiene la certeza de que está en los padres inculcar el amor por a lectura, ya que ninguna de las actividades mencionadas ofrece la riqueza que posee el libro. “Y no se trata de leer nada más, sino de enamorarse de la lectura”, asevera. “Es eso lo que persigo con mis lecturas para niños. Si logro que uno de ellos salga de ahí interesado en tener un libro entre las manos, siento que mi misión se cumple”.